

ENTREVISTA

Montserrat del Amo

Una vida dedicada a la literatura

por Olaya Argüeso*



Exposición homenaje a Montserrat del Amo en el Salón del Libro de Madrid, en 1999.

Montserrat del Amo (Madrid, 1927), tiene detrás de sí una larga, reconocida y premiada carrera como escritora, en la que siempre ha primado la calidad literaria por encima de otras exigencias. Premio Nacional de LIJ en 1978, por *El nudo*, candidata al Andersen, y galardonada en muchas ocasiones, *Del Amo* sigue interesando a las nuevas generaciones de lectores, como lo demuestran las sucesivas ediciones de algunas de sus obras, muchas de las cuales se pueden leer en alemán, inglés o portugués, además de en catalán, euskera y gallego. En esta conversación con Olaya Argüeso, la autora, que también dedica tiempo a dar cursillos sobre técnicas de animación a la lectura, habla con entusiasmo de su profesión, de cómo ve y vive la literatura.

Montserrat del Amo es una veterana en esto de la literatura para niños y jóvenes. Sin embargo, ello no le ha restado vitalidad, más bien al contrario. Habla con enorme entusiasmo de sus pasiones y su mirada chispea como la de una adolescente. Tiene una voz potente, propia de la mujer de carácter que es y a la que no siempre se intuye a través de su obra. En esta entrevista deshace unos cuantos prejuicios.

— *Tras una larga y premiada trayectoria como escritora, Montserrat del Amo es, sin duda, una referencia en la LIJ. ¿Cuál es su aportación más reconocible al panorama de la LIJ, aquella que nadie más ha podido realizar?*

— He hecho algunas cosas en solitario, simplemente porque empecé antes que otros en este mundo de la LIJ. Mi aportación, desde siempre, ha sido una exigencia de calidad literaria. A la literatura infantil se le debe exigir calidad literaria. En mis obras, he procurado mantenerme fiel a esa exigencia.

— *¿Hasta qué punto cree que ha influido en su carrera como escritora el ser miembro de una familia numerosa y, además, la pequeña de nueve hermanos?*

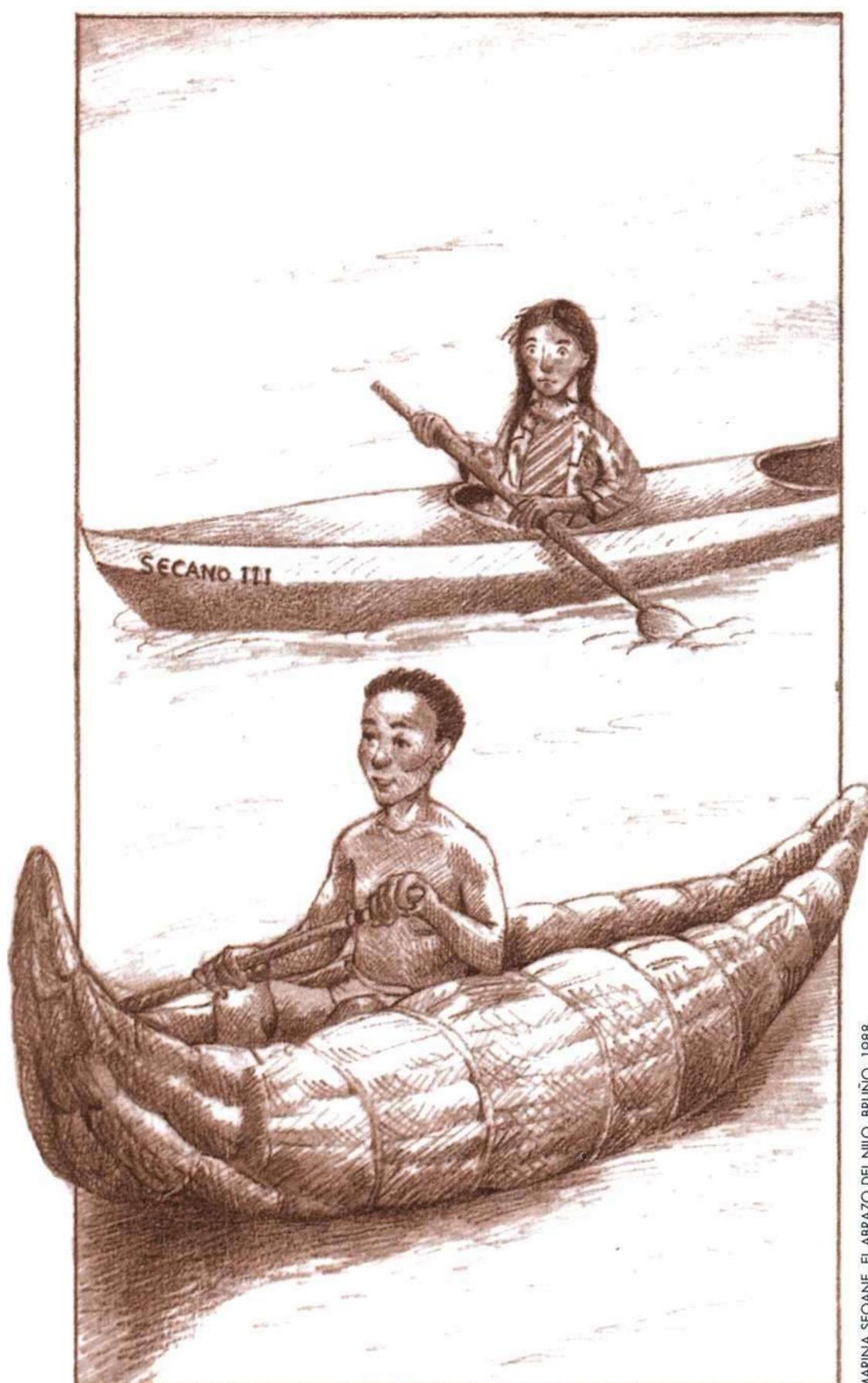
— Mucho. Indiscutiblemente, ese hecho hace que yo me aficioné muy pronto a la lectura. Además, la guerra civil me pilló en Madrid a los 9 años. Durante tres años, no asistí a ninguna escuela de manera sistemática. Todo ese tiempo lo pasé leyendo novelas: en la cola de la cárcel, en la cola de las cebollas, en el sótano durante los bombardeos, etc., etc. Cuando acabó la guerra y comencé a estudiar peritaje de comercio, asignaturas como la Geografía Económica, la Historia, se me hacían fáciles gracias a las lecturas acumuladas durante esos tres años. En cambio, la ortografía siempre me ha dejado un poco mal [risas].

— *En una pequeña reseña autobiográfica publicada hace años en esta revista (CLIJ 41, julio-agosto 1992, p. 8), reconoce que comenzó a leer «desordenadamente», alternando Valle Inclán con Karl May. ¿Usted cree que cualquier lectura es buena para iniciarse?*

— Defiendo mucho la libertad de

elección por parte del lector. Eso no está en contradicción con que a los niños se les ofrezca en las escuelas lectura recreativa casi de una manera obligatoria. Si un niño, después de haber leído un libro por obligación, me pregunta: «Y

ahora, ¿qué leo?», yo le daré libertad. Le aconsejaré que se vaya a la biblioteca de su barrio y escoja el que más le guste. Tampoco soy partidaria de una selección extremadamente rigurosa. Considero que es conveniente que algún profesor,



MARINA SEOANE, EL ABRAZO DEL NIÑO, BRUÑO, 1988.

un familiar aficionado a la lectura, o la bibliotecaria le oriente en su elección.

— *Muchos de sus libros se acercan a culturas (La encrucijada, a Israel y la cultura beduina; El abrazo del Nilo, a la*

nerle dificultades al lector de forma consciente; quiero contar esa historia con la técnica narrativa que requiere para llegar en profundidad a los lectores. Pero no tengo miedo a desconcertarles. Sólo un lector infantil y juvenil que ten-

ga la experiencia lectora de distintas técnicas narrativas será capaz después de leer lo que llamamos la gran literatura. Si se lo ponemos todo muy facilito, si abaratamos el estilo, ese lector no madurará y de adulto no leerá. En el mo-

«A la literatura infantil se le debe exigir calidad literaria. En mis obras, he procurado mantenerme fiel a esa exigencia.»

árabe) completamente distintas de la occidental, a la que, en principio, pertenecerían los lectores a quienes van dirigidos.

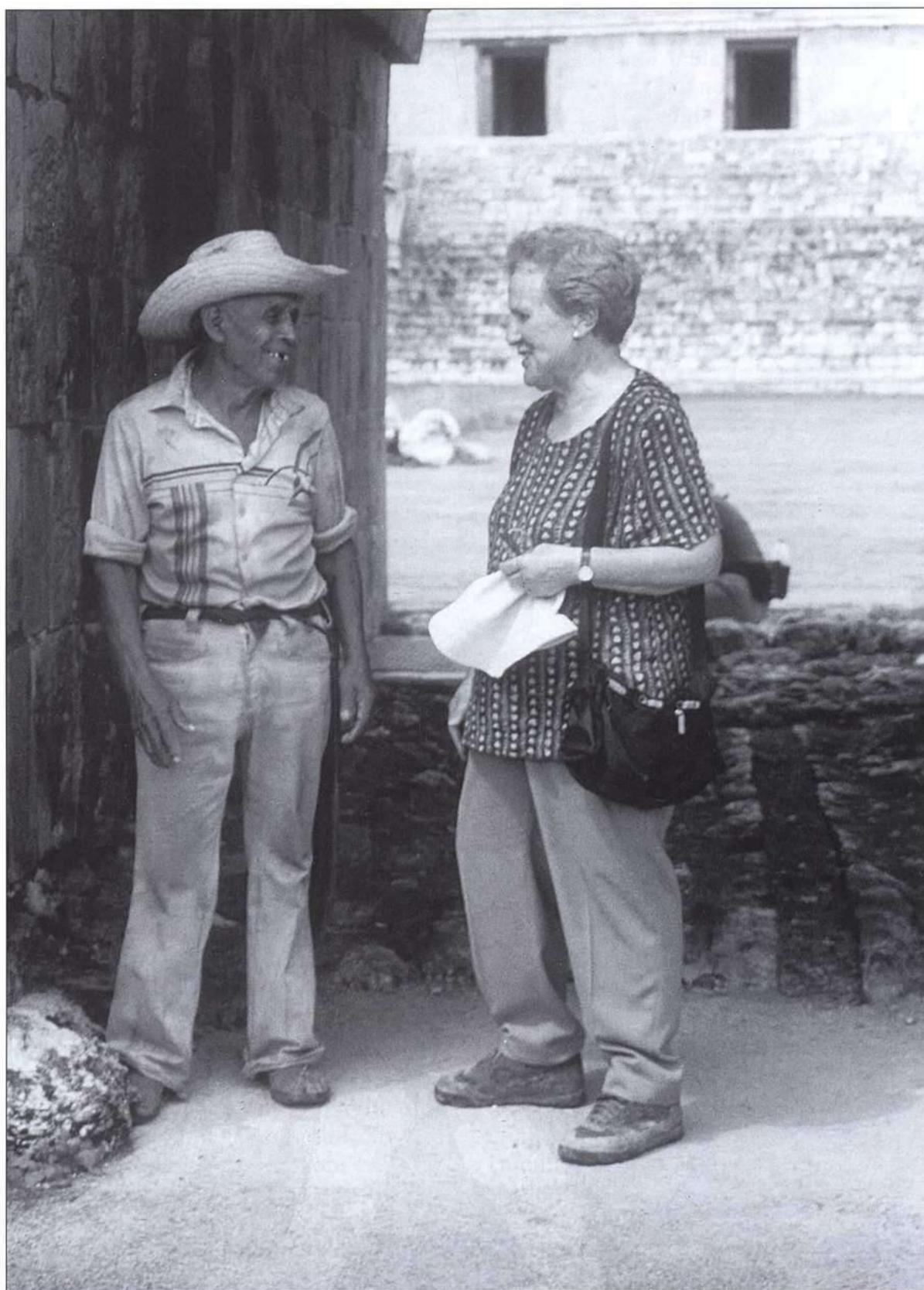
— Me fío mucho de las cifras de tirada de los editores. Con *El abrazo del Nilo*, en diez años, llevamos cerca de los 200.000 ejemplares. Señal de que les interesa. Hay muchos tipos de lectores, y quizás algunos busquen en la lectura una aventura, una escapada.

— *¿Y por qué ese interés suyo por esos temas?*

— Creo que, en primer lugar, se debe a mis primeras lecturas. Todas fueron de aventuras en países exóticos. Durante la guerra, nos juntábamos diez o doce niños de edades parecidas que leíamos más o menos lo mismo —incluso vivimos tres familias en el mismo piso, grande, eso sí—, y seguíamos tal o cual novela en los mapas.

— *La piedra de toque narra una historia compleja, donde se entrecruzan los narradores y los pensamientos con la acción. ¿No es demasiado compleja para el público al que va destinada?*

— ¡Mi novela está muy bien! Se lo digo directamente a los chavales: «Si no la queréis leer, no la leáis, ¡peor para vosotros, peor para vosotros!». No quiero po-



Montserrat del Amo junto a un narrador de cuentos en la ciudad maya de Uxmal (México).

mento en que tenga dificultades para entender una novela, la dejará. Esto lo comento con los propios profesores, que en ocasiones no quieren recomendar libros demasiado complicados a sus alumnos para que no se pongan contra ellos. Ahora las novelas tienen que ser «de garra». ¡Pues no quiero escribir novelas que agarroten al pobrecito lector en la primera página! No quiero seducir ni agarrar, sino plantear una historia de modo que el lector en todo momento sea libre para decidir si sigue o no.

En los contactos con los lectores, que a veces son muy difíciles, si hay un grupo que me mira de manera displicente, me lo tomo como un desafío, y pienso cuántos de éstos se interesarán por lo que estoy diciendo. Pero no quiero utilizar el

halago, ni la seducción, ni la «garra». Les respeto, pero exijo respeto para mí también.

— La piedra de toque *es una historia de buenos sentimientos. Además, fue un best seller. ¿Cree usted que lo sería también hoy día, cuando triunfan el manga y los videojuegos violentos?*

— Vuelvo a remitirme a la experiencia de la continuidad de las ediciones. Las situaciones no han cambiado tanto. Todavía hoy, aunque a los discapacitados se los ve de otra manera y están más presentes en la calle que hace veinte años, mucha gente los rehúye aún, con la excusa de una excesiva sensibilidad. En el fondo es miedo, desconocimiento, no saber cómo comportarse. Se va avan-

zando en la aceptación, pero con evidente lentitud.

Esta historia parte de una experiencia personal. A finales de los años 70, yo y un grupo de gente fundamos una primera escuela de animación sociocultural, cuando de este tema ni se hablaba en el país. Un año vino a mi clase un muchacho parálítico cerebral, muy inteligente, con unas dificultades físicas bastante grandes. Ese muchacho hoy es un hombre hecho y derecho, y ha logrado hacer lo que entonces parecía imposible: estudiar Psicología. Lo consiguió y en la actualidad está trabajando como psicólogo en un centro de Educación Especial.

— *Pero parece que hoy en día los adolescentes son mucho más duros, qui-*

«Defiendo mucho la libertad de elección por parte del lector. Eso no está en contradicción con que a los niños se les ofrezca en las escuelas lectura recreativa casi de manera obligatoria.»

zá pueden considerar muy blandengue la historia de este libro.

— No lo creo. Los adolescentes cambian en sus maneras externas, pero en cuanto se rasca un poco la superficie, aquello sigue siendo muy vulnerable, aunque se quiera esconder.

— *Y en cuanto a los videojuegos, ¿cree usted que ocupan demasiado tiempo en la vida de los niños de hoy en día? ¿Les distraen de otras formas de entretenimiento, como la lectura?*

— Sé que ahora se lee más que cuando empecé.



MARIA RIUS, CHITINA Y SU GATO, JUVENTUD, 1970.



La autora en una de las visitas que hace habitualmente a los colegios, en plena charla con sus lectores.

— Sin embargo, dicen que el 50 % de los españoles no leen ni siquiera un libro al año.

— Pero ¡es que hace treinta años no leía más que el 20 % de los españoles! En principio, porque, inmediatamente después de la guerra, el acceso material al libro era algo costoso. Además, había unos índices de analfabetismo muy altos. Hoy se lee muchísimo más que hace años. Y nadie me puede decir que vivo en otro mundo, que ya no tengo contacto con la realidad. Mucha gente hubiera salido huyendo de un gimnasio lleno con trescientos chavales de 17 años que me miran con desprecio total; y consigo ganármelos. Si todo fuera la violencia de la que nos están hablando todos los días, no se podría salir a la calle; las universidades no estarían llenas de gente que quiere estudiar y que lo hace bien, y además el país no funcionaría.

— ¿Qué opinión le merecen los apéndices que incorporan algunos libros infantiles y juveniles y que invitan a trabajar sobre el texto, una vez leído? ¿No se establece una relación entre lectura y esfuerzo que puede ahogar vocaciones lectoras?

— No creo que sea un perjuicio para la lectura que el libro se halla metido en la escuela. Cuando era colegiala, encontrar un libro recreativo en la cartera del colegio suponía un castigo inmediato. Entonces se opinaba así, y se lo he oído a gente de muy buena voluntad. Sin embargo, estoy viendo que ahora es al revés. Es el niño lector quien introduce el libro en casa. Uno de mis primeros libros, *Patio de corredor*, narra las penurias de la posguerra que se vivían en una corrala de los barrios bajos de Madrid. *Patio de corredor*, en algunas casas, es el primer libro que están leyendo los

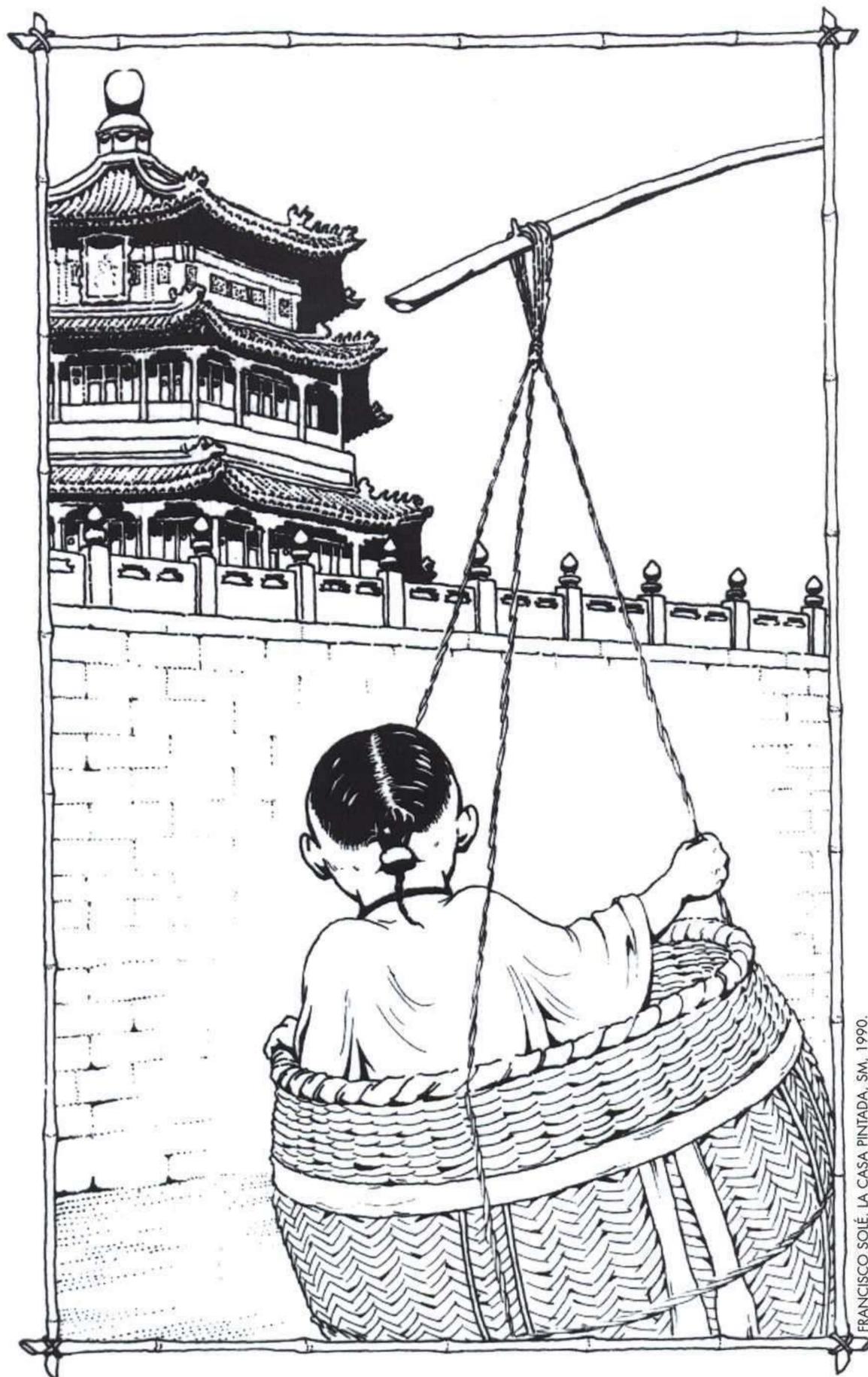
abuelos en su vida, y se ha establecido un diálogo entre ellos y sus nietos a partir de esa historia.

— ¿No ve, entonces, perjudiciales esos apéndices?

— Es mejor que un maestro trabaje con las sugerencias que le vienen dadas de la editorial, que con otras que a lo mejor se le ocurren a él y son mucho peores. Porque he visto a profesores formados en las épocas duras del estructuralismo contando sustantivos en mis libros, para comprobar si yo sustantivaba mucho, y calculando la proporción de sustantivos y adjetivos.

— ¿Cuál es su relación con la tecnología?

— Es muy buena. Nunca diré eso de «en mis tiempos...». Mis tiempos serán éstos siempre. Hace ya mucho, fui a un



FRANCISCO SOLÉ, LA CASA PINTADA, SM, 1990.

centro de profesores en Béjar y allí acababa de llegar un primer equipo informático, cuando no estaban popularizados, ni mucho menos. Vi que aquello me iba a venir muy bien, y me preocupé de aprender in-

mediatamente, con uno de aquellos Amstrad de primera generación, con las letras en verde y el papel continuo. Me parece absurdo que todavía haya escritores que digan que elimina la creatividad. ¡Si no es

más que un aparato que me facilita el trabajo! Más bien al contrario, estoy convencida de que llego a un nivel de exigencia y de corrección al que no habría llegado a mano. Todavía no me he metido en Internet, pero lo haré.

— *Su libro La encrucijada tiene lugar en un kibutz. Sus descripciones de la organización del movimiento kibutziano parecen muy documentadas. ¿Ha estado alguna vez en uno?*

— He visitado alguno, y también tuve la oportunidad de ponerme en contacto con una persona mayor, no judía, que había ido a un kibutz con otra persona joven que había pasado temporadas en uno de ellos. Además, hay cosas que se ven allí mismo. En el kibutz que visité, tuve experiencias duras, como lo que vi en la zona de la guardería infantil, donde tenían los restos de una avioneta de uno de los muchos enfrentamientos mantenidos entre el Estado de Israel y sus vecinos, para que los niños, ya desde pequeños, se acostumbraran a que aquél era el enemigo al que había que abatir.

— *¿No es aberrante la separación de padres e hijos en el kibutz? ¿O mi mentalidad es demasiado occidental para entenderlo? Personalmente, me recuerda al Estado de Esparta: a los 7 años, los niños al ejército.*

— Sí, eso es un hecho. De una manera indirecta, también tuve referencias de una pareja que entró como tal en el kibutz, y a los diez o doce años se querían marchar con sus hijos. Pero, claro, ¿cómo sale uno de un kibutz? No les dan absolutamente nada, ni seguridad social, ni referencias. La pareja se encuentra en la calle y con dos niños que les reconocen como padres, pero de una manera un poco distanciada. Así que lo que en principio se había elegido libremente, se transforma en una especie de encierro.

— *También es muy detallada la descripción del atentado en Jerusalén. ¿Presenció usted alguno allí?*

— No, pero Jerusalén es una ciudad de un gran atractivo debido a esa situación de tensión que se vive en ella.

— *¿Le parece admirable la figura del árabe Ahmed ben Xamel (La encrucija-*

da), que se arranca los ojos después de peregrinar a la Meca, porque sus ojos «han quedado saciados»?

— El caso de ese hombre es cierto. Sí, me parece terrible, pero admirable. Toda persona que sea capaz de ese sacrificio me lo parece.

— ¿Sintió en Jerusalén —como Joaquín, el protagonista de *La encrucijada*— «la aproximación al misterio»?; ¿sintió que «la ciudad quemaba»?; ¿se extasió ante la ciudad?

— Sí, creo que sí. Hay otros destinos que he elegido de un modo más amoroso, con un mayor deseo; sin embargo, éste fue más bien fruto de la casualidad. Nunca lo hubiera escogido, porque tenía referencias muy contradictorias, pero realmente me fascinó.

— ¿Es usted creyente?

— Sí, pero a muchos creyentes no les gusta el viaje. Soy una creyente muy profunda, precisamente porque soy muy crítica. Esa intensidad de la que habla el personaje se palpa, pero no sólo por la

nos lo podemos permitir. No voy siempre a dejar a Joaquín [protagonista de su libro *La encrucijada*] en la encrucijada, sin pasaporte, medio muerto y en sitios conflictivos. También hace falta tener un poquitín de esperanza.

— Sinceramente, ¿cree que alguien en la sociedad actual, tan individualista, sería capaz de sacrificar la propia vida por el bien común, tal y como hace el protagonista de *Arnalburgo*?

— No es que lo crea, lo sé con toda seguridad. Ahí está el éxito brutal que en este mismo momento están teniendo las ONGs, que disponen de numerosos voluntarios. En bastantes ocasiones lo pagan con la vida.

— En el perfil de *Montserrat del Amo* que se incluye en *Cuentos para bailar* se dice que ha escrito «toda clase de historias, casi siempre contadas de modo que puedan interesar a lectores niños y jóvenes». ¿Sólo a ellos?

— No, a buenos lectores de 3 a 93 años. Hay textos que sabes que a un adulto no le van a aportar mucho, como por ejemplo la referencia a la búsqueda de la propia identidad, aunque hay adultos que no tiene ni idea de quiénes son. Hay temáticas típicamente adolescentes. Pero, en especial el cuento, está cargado de simbolismos, y para él sí que no hay edades. Ahí está el aún reciente reconocimiento a los valores simbólicos de los cuentos tradicionales. En la época del realismo social, se atacaba a degüello el cuento tradicional.

— Por cierto, ¿de dónde surgió la idea de *Cuentos para bailar*, un libro en el que la musicalidad de las palabras desempeña un papel destacado?

— Así como no me importa mezclar diversas técnicas literarias en una misma obra, no me importa tampoco mantener-

«No quiero ponerle dificultades al lector, pero quiero contar esa historia con la técnica narrativa que requiere. Si se lo ponemos todo muy facilito, si abaratamos el estilo, ese lector no madurará y de adulto no leerá.»

religiosidad cristiana, sino también por la musulmana y la judía.

— Respecto a *El abrazo del Nilo*, ¿no es un poco increíble todo el relato, demasiado bonito, con reunión familiar final incluida?

— Bueno, bueno. De vez en cuando



ASUN BALZOLA, ZUECOS Y NARANJAS, LA GALERA, 1981.

Bibliografía (selección)



ARCADIO LOBATO, CUENTOS PARA BAILAR, NOGUER, 1984.

- Hombres de hoy, ciudades de siglos*, Madrid: Hijos de Gregorio del Amo, 1948.
- Patio de corredor*, Madrid: Ediciones Escelicer, 1956 / Bruño, 1994.
- Rastro de Dios*, Madrid: Ediciones Cid, 1960 / Ediciones SM, 1981. (Existe versión en portugués, en Edições Paulinas, 1997.)
- Chitina y su gato*, Barcelona: Juventud, 1970.
- Zuecos y naranjas* (teatro), Barcelona: La Galera, 1972.
- La torre*, Valladolid: Miñón, 1975/ Susaeta, 1990.
- El nudo*, Barcelona: Juventud, 1980. (Existe edición en catalán.)
- Zuecos y naranjas* (cuentos), Barcelona: La Galera, 1981. (Existe edición en catalán.)
- Cuentos para bailar*, Barcelona: Noguer, 1982.
- La fiesta* (teatro), Barcelona: Edebé, 1982.
- La piedra de toque*, Madrid: SM, 1983. (Existe edición en portugués, en Edições Paulinas, 1989.)
- La encrucijada*, Madrid: SM, 1986. (Existe edición en alemán, en Signal-Verlag, 1986.)
- El abrazo del Nilo*, Madrid: Bruño, 1988. (Existe edición en inglés, en Focus Publications, 1994.)
- La casa pintada*, Madrid: SM, 1990. (Existe edición en portugués, en Edições Paulinas, 1992.)
- ¡Siempre toca!* (teatro), Madrid: Bruño, 1991.
- «Arnalburgo», en *Compañero de sueños*, Madrid: Bruño, 1992.
- El bambú resiste la riada*, Madrid: Bruño, 1996.
- La cometa verde*, Zaragoza: Edelvives, 1996.
- Álvaro a su aire*, Madrid: Bruño, 1997. (Existe edición en catalán, en Editorial Brúixola, 1997.)
- Mao Tiang Pelos Tiesos*, Madrid: Bruño, 1997. (Existe edición en gallego.)
- ¡Ring! ¡Ring!*, Madrid: Espasa Calpe, 2000.

me en lo que podríamos llamar las fronteras de los géneros. Ese libro se mantiene en la frontera. Además, creo que ese juego con la musicalidad de las palabras es muy importante como experiencia lectora. Siempre me leo una novela a última hora, antes de entregarla, en voz alta, desde el principio al final. E incluso cambio alguna palabra porque no tiene el acento donde debiera, y me rompe el ritmo musical de la frase. Eso no debe notarlo el lector, pero yo sí. La prosa también debe sonar bien.

— *¿Le preocupa la permanencia en el tiempo, pervivir en la memoria de las próximas generaciones?*

— Creo que ya lo he logrado. Nunca he vivido el escribir como una cosa angustiada, con el fin de conseguir esto o lo otro. Claro que quiero que mi obra sea perdurable, pero si me dan a escoger entre tener mil lectores más o que mi libro esté mejor escrito, elijo esto último. Y si un editor me dice que mi obra no responde a lo que ahora está de moda, me la llevo.

— *Dentro de cien años, las enciclopedias especializadas dirán de Montserrat del Amo...*

— Pondrán una foto mía. Me voy a hacer una, porque no me gusta nada eso de poner una de cuando tenías 20 años. Creo que hablarán de mi dedicación a la literatura. Espero que no digan «a la literatura infantil», sino a la literatura. ■

* **Olaya Argüeso** es licenciada en Filología Clásica.